

V. LA 'SOBREABUNDANCIA' Y LA 'GRATUIDAD' DEL AMOR.- El hacer y el padecer como ejercicio

1. Los EE plantean **“enmendar y reformar la propia vida o estado”** [189] cuando ya se ha realizado una **“elección de estado”** inmutable [172], para vivirla aún mejor, por ejemplo, un estado de perfección como la **vida consagrada**, que manifiesta una **“sobreabundancia de gratuidad y de amor”**, frente a esta “cultura utilitarista y tecnocrática” que la ve sólo como un “despilfarro” de energías o de vidas humanas, según dice la **Exhortación Vita consecrata**, aludiendo al episodio de la **Unción de Betania** (Jn 12,1-11):

«A quien se le concede el don inestimable de seguir más de cerca al Señor Jesús, resulta obvio que Él puede y debe ser amado con corazón indiviso, que se puede entregar a Él toda la vida, y no sólo algunos gestos, momentos o ciertas actividades. El ungüento precioso derramado como puro acto de amor, más allá de cualquier consideración “utilitarista”, es signo de una **sobreabundancia de gratuidad**, tal como se manifiesta en una vida gastada en amar y servir al Señor, para dedicarse a su persona y a su Cuerpo místico. De esta vida “derramada” sin escatimar nada se difunde el aroma que llena toda la casa. La casa de Dios, la Iglesia, hoy como ayer, está adornada y embellecida por la presencia de la vida consagrada. Lo que a los ojos de los hombres puede parecer un **despilfarro**, para la persona seducida en el secreto de su corazón por la belleza y la bondad del Señor es una respuesta obvia de amor, exultante de gratitud por haber sido admitida de manera totalmente particular al conocimiento del Hijo y a la participación en su misión divina en el mundo» (VC 104).

La Iglesia no puede prescindir de la vida consagrada, «porque **expresa de manera elocuente su íntima esencia “esposal”**. En ella encuentra nuevo impulso y fuerza el anuncio del Evangelio a todo el mundo. En efecto, se necesitan personas que presenten el **rostro paterno** de Dios y el **rostro materno** de la Iglesia, que se jueguen la vida para que los otros tengan vida y esperanza. La Iglesia tiene necesidad de personas consagradas que, aún antes de comprometerse en una u otra noble causa, **se dejen transformar** por la gracia de Dios y **se conformen** plenamente al Evangelio» (n. 105).

2. Los **“consejos evangélicos”** expresan y realizan de forma excelente esa “sobreabundancia de la caridad” que, a imagen de **María**, **«ejemplo sublime de perfecta consagración**, por su pertenencia plena y entrega total a Dios», los **consagrados/as** están llamados a vivir, «sabiendo bien que identificarse con “el tipo de vida en pobreza y virginidad” de Cristo significa asumir también el tipo de vida de María» (VC 28). Y ello, porque responden a **“tres desafíos fundamentales”** y tienen un **“profundo significado antropológico”**:

«La elección de estos **consejos** lejos de ser un **empobrecimiento** de los valores auténticamente humanos, se presenta más bien como una **transfiguración** de los mismos. Los **consejos evangélicos** no han de ser considerados como una **negación** de los valores inherentes a la **sexualidad**, al legítimo deseo de disponer de los **bienes materiales** y de decidir autónomamente de **sí mismo**. Estas **inclinaciones**, en cuanto fundadas en la naturaleza, son **buenas** en sí mismas. La criatura humana, no obstante, al estar debilitada por el **pecado original**, corre el peligro de secundarlas de manera desordenada. La profesión de **castidad, pobreza y obediencia** supone una voz de alerta para no infravalorar las heridas producidas por el pecado original, al mismo tiempo que, aun afirmando el valor de los bienes creados, **los relativiza**, presentando a Dios como el **bien absoluto**. Así, aquellos que siguen los consejos evangélicos, al mismo tiempo que buscan la **propia santificación**, proponen, por así decirlo, una **“terapia espiritual”** para la humanidad, puesto que rechazan la **idolatría de las criaturas** y hacen visible de algún modo al Dios viviente. La vida consagrada, especialmente en los momentos de dificultad, es una bendición para la vida humana y para la misma vida eclesial» (VC 87).

Son, además, dimensiones que nos abren al **“misterio del hombre”**: **¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me cabe esperar?** (Kant). La Revelación nos muestra: a) que **puedo saber** lo que supera mi experiencia y capacidad de comprensión, porque puedo **“CREER”** y, así, vivir en la **“obediencia de la fe”** (Rm 16,26): «Hemos conocido el amor y hemos creído en él»; b) que **debo “AMAR”** como he sido amado y, por eso, **entregarme virginal y esposalmente a Dios**, para prolongar su Amor y gozar de su Consuelo; c) que **me cabe “ESPERAR” teologalmente**, o sea, “aspirar” a nada menos que a Dios, el sumo Bien, y, por eso, proclamar con mi **pobreza**, vivida como desapego y generosidad en el uso de los bienes materiales, que

“sólo Dios basta” (Sta. Teresa). Son, por eso, “signos proféticos” (*escatológicos*) que nos remiten “más allá”, a la *meta definitiva* de nuestra vida (la *comunidad bienaventurada* con Dios), y la anticipan en el tiempo y en el mundo de los hombres:

a) la *castidad virginal* “por el reino de los cielos” muestra, en medio de esta *cultura hedonista y pansexualista* y de la *idolatría del instinto de placer*, que «en Xto. es posible *amar a Dios con todo el corazón*, poniéndolo por encima de cualquier otro amor, y amar así con la libertad de Dios a todas las criaturas» (VC 88)...

b) la *pobreza* manifiesta, frente al *materialismo ávido* de poseer y consumir y la *idolatría del dinero*, que es posible “*amar a Dios con todas las fuerzas*” (lo que somos y tenemos) a *imitación* de Xto. pobre, confiando en su providencia y dando un testimonio de libertad, de sobriedad y de amor preferencial por los pobres (VC 89s).

c) la *obediencia* proclama, frente a la *idolatría de la autonomía personal*, que la *libertad* se realiza plenamente en la *verdad* y la *caridad* (Jn 8,32) -*amando a Dios con toda la mente*-, en la *obediencia filial* de su voluntad (su “alimento”: Jn 4,34), mediante un “obsequio religioso de la *voluntad* y la *inteligencia*”: DV 5; LG 25 (VC 91).

3. Las Reglas para ordenarse en el comer [210-217] nos hacen ver que la “*sobreabundancia de la caridad*” puede y debe vivirse no sólo en las *grandes opciones*, sino también en las *más pequeñas* («*Non coerceri maximo, contineri tamen a minimo, divinum est*»). Contemplando la *Pasión*, estas *reglas* nos animan y ayudan a configurarnos con el *misterio pascual* en nuestra vida cotidiana (Flp 3,7-4,1). La *vida consagrada* está llamada a *caminar “del Tabor al Calvario”* contemplando a Xto. Crucificado para asemejarse cada vez más a él (en *gustos, criterios, sentimientos...*) desde una “total consagración”, como María y Juan junto a la Cruz: «Su decisión de consagración total es fruto del amor divino que lo envuelve, lo sostiene y le llena el corazón» (VC 23). Porque «la Cruz manifiesta en plenitud la *belleza* y el *poder* del amor de Dios... (y) la vida consagrada refleja este *esplendor del amor*» (24) siendo «*un signo verdadero de Cristo en medio del mundo*» (25) con su “estilo de vida” y de “presencia”, incluso con el *modo de vestir*:

«el propio *hábito*, adaptado oportunamente a las circunstancias de los tiempos y de los lugares... un vestido sencillo y decoroso, con un símbolo adecuado, de modo que sea reconocible su consagración... (y donde no se prevé *hábito* propio) un vestido que responda, por dignidad y sencillez, a la naturaleza de su vocación» (Ib.).

Las Reglas tratan de *lo que no podemos dejar de hacer*, porque se refiere a nuestras *necesidades básicas* (comer, beber, vestir, dormir, hablar, relacionarnos, trabajar, descansar, leer, informarnos...), pero que *podemos hacer de distintas formas*, de manera que nos acerque o aleje de Dios, nos conforme y ordene, o lo contrario, a Él. Son cosas aparentemente pequeñas, insignificantes o intrascendentes, que podemos tender a vivir “como si Dios no existiera”; pero tan presentes y frecuentes en nuestra vida que, insensiblemente, pueden ir desordenando nuestros gustos, pensamientos, sentimientos, apetencias... alejándonos de Dios. De ahí su importancia en el “*ordo amoris*”. Criterios:

- 1) El **polo objetivo**: discernimiento desde el *objeto*:
 - 1ª regla: Lo “*vulgar*” ofrece menos peligros de adicción, apego y desorden del gusto.
 - 2ª regla: Lo “*apetecible*” está más sujeto a desorden (exige un mayor autodominio y moderación).
 - 3ª regla: Lo “*excepcional*” debe conservar el carácter de tal (y, si no puede evitarse, moderarlo al máximo).
 - 4ª regla: La “*abstinencia*” ayuda a discernir desde el objeto: es el único modo de vencer la dependencia y llegar a saber cuánto y cómo usarlo, atento a las “consolaciones” y evaluando las “necesidades” objetivas.
- 2) El **polo subjetivo**: discernimiento desde la *actitud*:
 - 5ª regla: La “*imitación*” de Cristo mediante la *contemplación (como Él)*: con un estilo “*crisiforme*” en las cosas.
 - 6ª regla: La “*atención*” puesta en cosas más elevadas (espirituales, relacionales, apostólicas..., no en el objeto).
 - 7ª regla: El “*estilo*” debe manifestar “*señorío*”: no estar totalmente volcado en el apetito ni aprisionado por él; es el *criterio psicológico* de discernimiento.
 - 8ª regla: La “*saciedad*” como lugar de discernimiento: no se puede discernir bajo el “síndrome de abstinencia”, sino cuando uno está razonablemente satisfecho, comprometiéndose a mantener la decisión hasta el final.